de comer... en que fuimos los dos solos por la orilla del río, lejos...

Esperó. La señora Sandres no reía ya y le miraba con fijeza.

—Sí, lo recuerdo; ya lo creo.

Saval añadió estremeciéndose:

—Y si... aquel día... si me hubiese... si me hubiese atrevido... ¿qué hiciera usted?

Se echó á reir á fuer de mujer que de nada se arrepiente y contestó con franqueza, con voz clara y con una punta de ironía:

—Hubiese cedido, amigo mío.

Luego volvió la espalda y corrió hacia la cocina.

Saval salió á la calle abatido como después de un desastre. Andaba á grandes zancadas, sin cuidarse de la lluvia, bajando hacia el río, sin pensar adonde iba. Cuando llegó á la orilla, tomó á la derecha y la siguió. Anduvo largo rato, como impulsado por el instinto. Tenía el traje empapado en agua y el sombrero goteábale como un tejado. Andaba sin cuidarse de la fatiga. Por fin llegó al sitio donde almorzaron años antes el día aquel cuyo recuerdo le martirizaba.

Entonces se sentó bajo los árboles sin hojas, y lloró.

MI TIO JULIO

Mi tío Julio

Al señor Aquiles Benouville.

Un viejo mendigo de barba blanca nos pidió limosna. Mi camarada José Davranche le dió una moneda de cinco pesetas. Me asombré. El me dijo:

—Este infeliz me ha recordado un hecho cuyo recuerdo me persigue de continuo. Helo aquí:

Mi familia, oriunda del Havre, no era rica. Ibamos tirando. Mi padre trabajaba, volvía tarde de la oficina y ganaba poco. Yo tenía dos hermanas.

A mi madre le indignaba la escasez en que vivíamos y á veces contestaba con acritud á su marido, dirigiéndole palabras pérfidas y veladas. El pobre hombre hacía entonces un ademán que me descon-

solaba. Se pasaba la mano abierta por la frente, como para limpiarse un sudor que no existía, y nada contestaba. Yo comprendía su impotente angustia. Se economizaba cuanto se podía; no se aceptaba ningún convite para no tener que devolverlo; se compraban los comestibles más baratos, yendo á la husma de los saldos. Mis hermanas se hacían los vestidos y á veces se entablaban largas discusiones por una cinta que costaba á quince céntimos el metro. Nuestra comida se componía casi siempre de sopa y de carne de buey con diferentes salsas. Parece que aquello era muy sano y alimenticio; pero yo prefiriera otra cosa.

Me sermoneaban dos horas si perdía un botón ó rompía los pantalones.

Pero cada domingo íbamos á pasear por el muelle vestidos de pontifical. Mi padre, de levita y chistera y enguantado, ofrecía el brazo á mi madre, empavesada como un navío en día de gala. Mis hermanas, que eran las primeras que estaban listas, esperaban la señal de marcha; pero indefectiblemente, á última hora, se descubría una mancha en la levita del jefe de familia y era preciso quitarla con bencina.

Mi padre, sin quitarse el sombrero, esperaba en

mangas de camisa que terminara la operación, mientras mi madre limpiaba febrilmente, habiéndose calado los espejuelos y quitádose los guantes para no estropearlos.

Nos poníamos en marcha con gran ceremonia. Mis hermanas, del brazo, iban delante. Estaban en edad de merecer y las mostraban. Yo me ponía á la izquierda de mi madre á la que mi padre daba la derecha. Aun recuerdo el aire pomposo de mis pobres padres durante aquellos paseos del domingo, la rigidez de sus facciones, la severidad de su continente. Avanzaban con paso grave, erguido el talle, envaradas las piernas, como si algo muy importante dependiera de la austeridad de su aspecto.

Y cada domingo, viendo entrar los grandes vapores que volvían de países desconocidos y lejanos, mi padre pronunciaba invariablemente las mismas palabras:

—¡Eh! Si Julio viniera á bordo ¡qué sorpresa!

Mi tío Julio, el hermano de mi padre, era la única esperanza de la familia, después de haber sido su desesperación. Oía hablar de él desde la infancia é imaginaba que le reconocería á la primera ojeada según lo mucho que pensaba en él. Sabía todos los detalles de su vida hasta el día que marchó á Amé-

rica, aun cuando sólo se hablara en voz baja de aquel período de su vida.

Parece que había llevado mala conducta, es decir, que había gastado algún dinero, lo cual es el peor de los crímenes para las familias necesitadas. Entre los ricos un hombre que se divierte, *hace el calavera*. Se le llama «loco» sonriendo. Pero en una familia sin fortuna, el que obliga á sus padres á mermar su capital se convierte en un perdido, en un miserable, en un espantajo.

Y tal distinción se comprende, aun cuando se trate de un mismo hecho, pues únicamente las consecuencias determinan la gravedad del acto.

El caso era que el tío Julio se había comido una parte de la herencia de mi padre, después de malbaratar toda la suya.

Le habían embarcado para América, como entonces se hacía, á bordo de un navío mercante que iba del Havre á New-York.

Una vez allí, mi tío Julio estableció un comercio, no sé de qué, y pronto escribió que ganaba algún dinero y que esperaba poder resarcir á mi padre de los quebrantos de fortuna que le ocasionara. Aquella carta produjo en la familia gran impresión. Julio, que antes pasaba por un perdis, se convirtió de

pronto en un hombre de provecho, en un mozo listo, en un verdadero Davranche, íntegro como todos los Davranches.

Un capitán de buque nos dijo que había alquilado un gran almacén y que tenía importantes negocios.

Otra carta, fechada dos años después, decía:

«Te escribo, querido Felipe, para que no estés con cuidado por mi salud, que es buena. Los negocios marchan bien. Mañana parto para un largo viaje á la América del Sur. Quizá tarde algunos años en darte noticias mías. Si no escribo no te alarmes. Volveré al Havre en cuanto haya hecho fortuna. Creo que no tardaré mucho en lograrlo, y viviremos felices juntos...»

Aquella carta se convirtió en el evangelio de la familia. La leían con cualquier pretexto; la enseñaban á todo el mundo.

Durante diez años, efectivamente, el tío Julio no escribió; pero cuanto más tiempo pasaba más crecía la esperanza de mi padre; y hasta mi madre decía á menudo:

—Cuando llegue Julio cambiará nuestra situación. ¡El sí que ha sabido arreglarse!

Y todos los domingos, al ver en el horizonte los

grandes vapores que vomitaban espirales de humo, mi padre repetía su eterna frase:

—¡Eh! ¡Qué sorpresa, si Julio viniera en este buque!

Y casi esperaban verle agitar un pañuelo y gritar:

—¡Eh, Felipe!

Habían fundado mil proyectos en aquella vuelta que daban por segura; con el dinero del tío compraríamos una quinta cerca de Ingouville. No afirmaría que mi padre no hubiese dado algunos pasos con tal objeto.

La mayor de mis hermanas tenía entonces veintiocho años y veintiséis la otra. No se casaban y aquello apenaba á todos.

Se presentó al fin un novio para la menor. Era un empleado sin fortuna; pero de buena reputación. Siempre he creído que la carta del tío Julio, enseñada en ocasión oportuna, acabó con las vacilaciones del pretendiente y le decidió.

Su petición fué muy bien acogida y se convino en que, después del matrimonio, haríamos todos juntos un viaje á Jersey.

Jersey es el viaje ideal para la gente pobre. No está lejos; se pasa el mar y se está en tierra extran-

jera, pues el tal islote pertenece á Inglaterra. Así, pues, un francés, mediante una navegación de dos horas, puede disfrutar del placer de estudiar las costumbres—bastante deplorables por cierto—de un pueblo vecino, en aquella isla, que cubre el pabellón británico, como dicen los que se precian de hablar bien.

Aquel viaje á Jersey era nuestra preocupación, nuestro único deseo, nuestro ensueño continuo.

Por fin marchamos. Aun me parece que lo veo: el vapor con las calderas encendidas en el muelle de Granville; mi padre muy atareado vigilando el embarque de nuestros tres baúles; mi madre inquieta, dando el brazo á mi hermana soltera que parecía anonadada, desde que se casó la otra, como un pajarillo que ha quedado solo en el nido, y detrás de nosotros los recién casados que de continuo se quedaban atrás, lo cual me hacía volver á menudo la cabeza.

Silbó el vapor. Ya estamos dentro. El buque se alejó por una mar lisa como una plancha de mármol verde. Mirábamos huir las costas, contentos y orgullosos como todos los que viajan poco.

Mi padre exhibía su barriga bajo su levita, de la cual la misma mañana se borraran hasta las más

pequeñas manchas, y esparcía en derredor aquel olor de bencina de los días festivos que hacía que yo supiera, sin equivocarme, cuando era domingo.

De pronto vió dos señoras elegantes á quienes dos caballeros ofrecían ostras. Un viejo marinero astroso abría las valvas con un cuchillo y luego las pasaba á los caballeros, que á su vez las alargaban á las damas. Estas comían de un modo delicado, poniendo la concha sobre un pañolito y avanzando los labios para no mancharse los vestidos. Luego bebían el agua con un movimiento rápido y echaban las conchas al mar.

Mi padre quedó sin duda seducido por aquel modo delicado de comer ostras en un vapor en marcha. Aquello le parecería de lo más distinguido y refinado; superior. Se acercó á mi madre y hermanas y preguntó:

—¿Queréis comer unas ostras?

Mi madre vacilaba, á causa del gasto, pero mis hermanas aceptaron en seguida. Mi madre dijo con acento contrariado:

—Temo que me dañen el estómago. Que coman las chicas, pero no muchas, pues podrían indigestárseles.

Luego, mirándome á mí, añadió:

—José que no las coma; no hay que mimar demasiado á los muchachos.

Permanecí, pues, junto á mi madre, doliéndome de aquella injusticia. Seguía con la mirada á mi padre que llevaba majestuosamente á sus hijas y á su yerno hacia el viejo marinero desarrapado.

Las dos señoras acababan de alejarse y mi padre indicaba á mis hermanas cómo debían componérselas para no dejar escurrir el agua, y queriendo predicar con el ejemplo, tomó una ostra. Tratando de imitar á aquellas señoras se echó inmediatamente el agua sobre la levita y oí que mi madre murmuraba:

—Mejor haría en estarse quieto.

De pronto mi padre me pareció inquieto; se alejó algunos pasos, miró á su familia que rodeaba al ostrero y bruscamente volvió hacia nosotros. Me parecía muy pálido y su mirada tenía una expresión extraña. Dijo á media voz á mi madre:

—Es asombroso lo que se parece á Julio ese hombre que abre las ostras.

Mi madre, sorprendida, preguntó:

—¿A qué Julio?

Mi padre repuso:

—Pues... á mi hermano... Si no supiera que está en buena posición en América, creería que es él.

Mi madre, asustada, balbuceó:

—¡Estás loco! Puesto que sabes que no es él, no sé á qué viene decir semejantes bobadas.

Pero mi padre insistía:

—Vé á verle, Clarisa; prefiero que tú misma veas si me equivoco.

Se levantó y fué á reunirse á sus hijas. Yo miraba también al marinero. Era viejo, arrugado, sucio y sólo se fijaba en su tarea.

Mi madre volvió. Advertí que temblaba. Dijo con rapidez:

—Creo que es él. Procura informarte por medio del capitán. Sobre todo sé prudente, á fin de que ese perdulario no vuelva á pegársenos.

Mi padre se alejó y yo le seguí. Sentíame muy conmovido.

El capitán, un buen señor alto y enjuto, con largas patillas, se paseaba por el puente dándose importancia, como si mandara un correo de Indias.

Mi padre se dirigió á él con gran finura, interrogándole acerca de su carrera, con gran copia de cumplidos intercalados en el discurso:

—¿Cuál era la importancia de Jersey? ¿Sus producciones? ¿Su población? ¿Sus usos, sus costumbres? ¿La naturaleza del suelo?... etc., etc.

Dijérase que por lo menos se trataba de los Estados Unidos.

Luego hablaron del buque que nos llevaba, el *Express;* y por fin de la tripulación. Mi padre dijo al cabo con acento turbado:

—Tiene usted ahí un ostrero viejo que parece un buen hombre. ¿Sabe usted algo de él?

El capitán, á quien aquella charla molestaba, contestó secamente:

—Es un viejo vagabundo francés que hallé el año anterior en América y que hago repatriar. Parece que tiene parientes en el Havre, pero no quiere ir á verles, porque parece que les debe dinero. Se llama Julio... Julio... Julio Darman ó Darvanche, no recuerdo bien. Parece que fué rico en otro tiempo; pero ya ve usted en lo que ha venido á parar.

Mi padre, que se había puesto lívido, murmuró con la voz ronca y la mirada extraviada:

—¡Ah, ah!... Muy bien... muy bien... No lo extraño... Mil gracias, capitán.

Y se fué, en tanto que el marino le miraba con sorpresa.

Volvió al lado de mi madre, tan trastornado, que le dijo:

—Siéntate; van á notar algo.

Cayó en un banco balbuceando:

—Es él, él mismo.

Luego preguntó:

—¿Qué vamos á hacer?

Mi madre replicó:

—Hay que alejar á las chicas. Ya que José lo sabe todo, que vaya á buscarlas. Sobre todo hay que evitar que nuestro yerno sospeche algo.

Mi padre parecía aterrado. De pronto masculló:

—¡Qué catástrofe!

Y mi madre añadió, enfureciéndose de súbito:

—Siempre pensé que ese bandido no haría nada bueno y acabaría por querer vivir á costa nuestra. ¡Cómo si pudiera esperarse otra cosa de un Darvranche!...

Mi padre se pasó la mano por la frente, como lo hacía siempre al oir los reproches de su esposa.

Esta añadió:

—Da dinero á José para que le vaya á pagar las ostras. Sólo faltaría que este mendigo nos reconociera. Haría gran efecto en el buque. Vámonos al otro extremo y procura que ese hombre no se nos acerque.

Se levantó y ambos se alejaron después de darme una moneda de cinco francos.

Mis hermanas, sorprendidas, esperaban á padre. Yo afirmé que mi madre se sentía un poquillo mareada, y pregunté al ostrero:

—¿Cuánto le debemos?

Ganas me daban de decir: tío mío.

Contestó:

—Dos francos y medio.

Le alargué los cinco francos y me devolvió el cambio.

Yo miraba su mano, su pobre mano de marinero, cubierta de arrugas, y su cara, su cara triste, desconsolada, pensando:

—¡Es mi tío, el hermano de papá, mi tío!

Le di cincuenta céntimos de propina. Me dió las gracias:

—¡Dios le bendiga, señorito!

Dijo esto con el acento de un mendigo que recibe una limosna y pensé que en América debía haber mendigado. Mis hermanas me miraban, estupefactas de mi generosidad.

Cuando devolví los dos francos á mi padre, mi madre, sorprendida, preguntó:

—¿Tres francos han costado? No es posible.

Declaré con acento firme:

—He dado cincuenta céntimos de propina.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY

Mi madre se estremeció y me miró fijamente.

—¿Estás loco? ¡Dar cincuenta céntimos á ese hombre, á ese miserable!...

La contuvo una mirada de mi padre que señalaba al yerno.

Callamos todos.

Ante nosotros se veía como una sombra violácea que parecía surgir del mar. Era Jersey.

Cuando llegamos junto á los muelles, sentí una comezón invencible de ver de nuevo á mi tío Julio, de acercarme á él, de decirle algo consolador.

Pero como ya nadie comía ostras, había desaparecido y estaba sin duda en el fondo de la bodega infecta, bastante buena para un miserable de su laya.

Al volver tomamos el vapor de Saint-Malo, para no encontrarnos con él. Mi madre estaba verdaderamente inquieta.

¡Nunca he vuelto á ver al hermano de mi padre!

He ahí por qué algunas veces verás que doy un duro á los vagabundos.

DE VIAJE